

LIBROS

RESEÑAS

GÓMEZ CRESPO, Félix, *Un astrónomo desconocido. El debate copernicano en El Escorial*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2008, 406 pp.

Ya Sánchez Pérez en *Las matemáticas en la Biblioteca del Escorial*, de 1929, daba muchas noticias sobre escritos científicos no impresos allí depositados; en particular, decía sobre el extenso redactado por Juan Vélez que era un magnífico texto, que revelaba una extraordinaria cultura científica. En una de sus visitas a esa Biblioteca en 1991, Félix Gómez (que en *Asclepio* ha publicado dos artículos sobre la astronomía renovada y su eco en España), corroboró que estaba ante una obra de valor excepcional, por su grado de elaboración y porque reunía un gran número de aspectos cosmológicos y técnicos, de modo tal que un estudio pormenorizado de ella podría ofrecer una visión suficientemente amplia de la astronomía de la época y al tiempo iluminadora de una España científica todavía no bien conocida.

Años más tarde, entrega *Un astrónomo desconocido*, magnífico trabajo de investigación sobre el manuscrito que redactó Juan Vélez a partir del *Almagesto* o *Construcción Matemática* de Ptolomeo, para dialogar al tiempo con sus renovadores en la moderna astronomía: su «debate en El Escorial» sobre el copernicanismo en nuestro Siglo de Oro, acaba siendo una actualización de las posiciones europeas. Pues este nuevo libro supone la lectura directa de un texto importante del siglo XVII y asimismo es un adecuado e inusual modo de exponer la situación española: ya que el autor, huyendo de todo fácil aislamiento, la estudia abiertamente con la Europa que está llevando a cabo la revolución científica. De hecho, el núcleo del trabajo sólo indirectamente trata la recepción de las nuevas ideas astronómicas entre los científicos españoles, y apunta a una trama de la ciencia moderna formada y cuajada ya allende nuestras fronteras.

Este volumen nuevo tiene como principal objetivo sacar a la luz este *Comentario* —por elegir uno los títulos posibles de Vélez— del *Almagesto* ptolemaico, obra por primera vez vertida al castellano (de la que no existe aquí, por cierto, edición reciente). Pero, como se deduce de lo dicho, no es el compendio mismo de Ptolomeo lo que ha realizado Félix Gómez, sino las glosas extensísimas —y propias de un científico moderno— que añade Juan Vélez; y es que suponen hoy un documento revelador al repasar un gran número de nociones de la astronomía del pasado, aún vigentes hacia 1620 ó 1630 pese a todas las novedades, las concepciones fundamentales de Copérnico, Brahe o Kepler y de otros autores como Longomontano, Lansbergio, Holwarda o un sinfín de científicos que la revolución.

La estructura del *Astrónomo desconocido* es clara, sencilla, rigurosa. Para poder acercar el texto de Vélez al lector, Félix Gómez sintetiza con gracia y brillantez, en un primer capítulo, la situación de la astronomía europea desde la aparición de la obra de Copérnico hasta 1630. En el apartado siguiente, describe el manuscrito, valora su construcción, su posible cronología, sus contenidos; lo que le permite esbozar un retrato intelectual de Vélez, a través de sus escasas declaraciones y de las fuentes bibliográficas que utilizó. Añadamos que no hace falta conocer la biografía del astrónomo;

y no ha sido ese el objetivo primordial de este trabajo (el problema del *autor*, por lo demás, es muy del siglo XIX). Hace algo más importante: al inventariar las fuentes bibliográficas de Vélez, nos lo muestra unido a un foco intelectual de la España de la época. Sería un escritor amparado por Felipe IV, que accede bien a la Biblioteca de El Escorial, donde se encuentra una gran parte de los libros que —ahora lo sabemos— él estudió. Por otro lado, Félix Gómez afirma que, pese a disponer sólo de las seis primeras partes del *Almagesto*, fueron comentadas las trece, como lo indican las abundantes llamadas de sus notas manuscritas. Y supone que el resto, que será imposible encontrarlo, tendría un tamaño similar al existente, lo que podría ser un venero de información (más que la vida de Vélez), pues las últimas siete partes están destinadas al estudio del movimiento de la octava esfera y de los planetas superiores, por lo que Vélez acudiría con asiduidad a valorar las teorías de Copérnico, Kepler o Lansbergio.

Ahora bien, los dos restantes capítulos, tercero y cuarto, son los capitales. En ellos se aborda —desde diversos frentes— la relatividad en la percepción del movimiento, la caída de graves, la dignidad de la Tierra y del Sol, la posibilidad de que dos movimientos contrarios convivan o la ausencia de cambio de posiciones estelares. Eran sin duda argumentos muy debatidos por *matemáticos* y cosmólogos de esos decenios, pues estaba en juego el orden del mundo. En suma, reflejan las opiniones de astrónomos que, como Copérnico, Tycho, Kepler y Galileo, han tramado la convulsión del pensamiento científico y de las ideas por esos años.

Si repasamos, con el autor, los argumentos que cabe llamar ‘físicos’, Vélez acoge la teoría de la gravedad de Benedetti (se basa en la diferencia entre pesos específicos) y, en consecuencia, rechaza la existencia de los ‘lugares naturales’ de los antiguos. Asimismo, es relevante que acepte la nueva teoría magnética de Gilbert como fundamento de un ‘campo gravitatorio’ terrestre. Si los acontecimientos astronómicos de 1572 y 1577, los nuevos entes celestes que aparecieron, habían sido bien valorados por los astrónomos a comienzos del siglo XVII, Vélez —siguiendo a Brahe—, niega la solidez de los orbes cristalinos clásicos y la incorruptibilidad de los cielos (en 1630, eso no es demasiado revolucionario). Destaca por añadidura la existencia de manchas y relieves en la superficie lunar, o imperfecciones en la solar, gracias al poder reciente del telescopio; lo que pone en evidencia la corruptibilidad de los cuerpos celestes y la continuidad entre los mundos ‘alto’ y ‘bajo’. De las ideas astronómicas más modernas que absorbe sin ambigüedad está la afirmación de que las estrellas fijas se encuentran a diferentes alturas, lo que contradice un firme supuesto de la astronomía tradicional. El universo de Vélez, en este punto concreto, es tan abierto como el de Gilbert. Sin embargo Juan Vélez sostiene, de forma inveterada, que no pueden darse a la vez dos movimientos contrarios sobre un mismo cuerpo. Y por ello, seguramente, concede que la mejor solución sería admitir el movimiento diario de la Tierra.

Con todo, el *Comentario* de Vélez considera las constantes reprobaciones del heliocentrismo, así en la parte titulada «Discurso sobre la inmovilidad de la Tierra». Y tras haber leído todo el manuscrito cree Félix Gómez que aquél no es hostil a las nuevas tendencias, y lo razona bien: en ningún caso hace del autor español un abierto copernicano, y no iría más allá de defender públicamente la rotación diaria de la Tierra. Pero sus repetidas alusiones a que la doctrina copernicana ha sido censurada parecen ser una argucia, y el mismo Vélez se molesta en defender la obra de Copérnico apelando al viejo recurso de que es una mera suposición «con que se salvan muchas de las apariencias». En definitiva, parece que el astrónomo hispano se mantuvo «escondido», como sucedió con muchos sabios en ese tiempo de hierro. Como sostiene Félix Gómez, el *Comentario* de Vélez, de haber sido publicado, ocuparía un puesto relevante en la historia de la astronomía española del siglo XVII; y dado que reproduce (y fija textualmente) partes extensas del manuscrito, en un valiosísimo apéndice, todos podemos valorarlo con la lectura de sus palabras y sobre todo con el apoyo de este nuevo libro.

No cabe sino elogiar el trabajo de Félix Gómez, producto de un largo y sinuoso camino investigador. De su mano ha salido un volumen inusualmente cristalino y honrado, por la definición nada engañosa de sus fronteras y por lo exhaustivo de sus análisis en el terreno elegido, donde apura

muy bien todos sus argumentos. Alejado de toda jerga parasitaria, no fuerza las palabras de ese astrónomo, antes difuminado, y aporta visibilidad a una trayectoria densa si bien casi anónima que concentra dignamente matemática, astronomía y cosmología.

Mauricio JALÓN

HUERTAS GARCÍA-ALEJO, Rafael, *Los laboratorios de la norma. Medicina y regulación social en el Estado liberal*, Barcelona, Octaedro, 2008, 166 pp. [ISBN: 978-84-8063-942-2]

Para el lector familiarizado con la reciente historia social de la medicina el título de esta obra no puede ser más explícito. Manifiesta, por una parte, el marco temático y metodológico en que se inserta, y, por otra declara la originalidad de su abordaje mediante el empleo del término, a todas luces clave, de «laboratorio». El lector al que me refiero intuye desde el comienzo que va a encontrarse con viejos conocidos —Michel Foucault, Robert Castel, José Luis Peset, Fernando Álvarez-Uría, Julia Varela...—, sin mencionar, claro está, al propio Rafael Huertas. «Norma» es el *mot d'ordre* —en pocas ocasiones, como en ésta, es oportuno emplear este término francés— de esa corriente historiográfica; la novedad del planteamiento de Huertas radica en no tomar la normatividad, o mejor aún, la normativización, e incluso la normalización, como un hecho, sino más bien como un conato: de aquí su decisión de presentarnos los tres escenarios de su investigación —el manicomio, la escuela y la sociedad «higiénica»— como meros laboratorios, esto es, como lugares en los que algo que aún es problemático se pone a prueba.

Esta estrategia resulta transparente, y particularmente incitante para el profesional, en el análisis del primero de dichos escenarios. Si ya la introducción, presentada como «breve apunte metodológico» sobre «el control social como problema historiográfico», daba bastante más que lo prometido —pues su brevedad no está reñida con la precisión y la riqueza de las referencias puestas en juego—, lo cierto es que el primer capítulo, más que una exposición, tan analítica como se quiera, de hechos históricos, es una reflexión crítica sobre las aportaciones de la obra de Foucault, a la que Huertas reconoce un carácter decididamente revolucionario, innovador y suscitador de nuevas investigaciones, así como sobre las ulteriores de foucaultianos y antifoucaultianos. Como bien señala, se trata de un pensamiento que no deja indiferente y que hace inexcusable la consideración de un «antes» y un «después» en la historia de la locura y su manejo técnico e ideológico. No faltan, desde luego, en esta parte páginas con nutrida información histórica sobre la naciente psiquiatría, páginas que demuestran lúcidamente que no hubo una voluntad plenamente consciente, y mucho menos monolítica, de «normalizar» en el sentido foucaultiano del término, así como que el asilo no significó lo mismo en la Francia de la Revolución, la Restauración y el Segundo Imperio que en otros países. Singularmente estudia Huertas el caso español, poniendo de relieve lo inconveniente de generalizar tesis como las foucaultianas en un arrebato de entusiasmo. Por ello reitero mi impresión de que este capítulo, sin duda interesante para el lector no especializado, es sobre todo apasionante para el especialista.

El segundo capítulo, que se ocupa de la escuela y de otras instituciones dedicadas al cuidado y/o al control de la infancia desviada, es más clásico en su confección, pese a lo cual constituye, a mi parecer, una inesperada contribución a lo que podríamos llamar línea dura del pensamiento foucaultiano. Concebido más como exposición de una investigación histórica que como parte de un debate teórico, aporta sin embargo un importante caudal de datos acerca de una parte fundamental

de lo que Foucault denominó «el archipiélago disciplinario»; aunque, como en el caso anterior, el autor tiene la suficiente autonomía como para reconocer en el pensamiento de algunos de los autores estudiados intenciones bastante más filantrópicas que las que cabría esperar de esa especie de científico-gendarme que a veces surge del discurso del filósofo francés. Es el caso, por ejemplo, de Binet y su «cociente intelectual», sin duda utilizado de forma perversa por algunos agentes sociales, pero concebido por su autor con la mejor voluntad, según afirma Huertas. Esta mención a Binet me permite resaltar el hecho de que, aunque centrados en el campo de la educación, tampoco en esta parte de la obra hemos perdido de vista la medicina; pues la tesis de Huertas, demostrada a través de las iluminadoras citas que se articulan en el texto, es que la tarea pedagógica, especialmente, pero no sólo, en los territorios fronterizos de la disidencia, vióse medicalizada en forma creciente en el curso de la maduración de la sociedad liberal-burguesa. Una doble intención —voluntad de uniformización en los valores y en los modos de vida, y negación «científica» del efecto deletéreo de las noxas socioeconómicas y sociopolíticas— gobernó, según se desprende del trabajo de Huertas, la voluntad de los legisladores a la hora de convertir la escuela y otras instituciones pedagógicas en otros tantos «laboratorios de la norma».

El tercer y último capítulo tiene por objeto «el espacio social». El eje de la investigación en este campo es precisamente el que acabo de señalar: la pretensión de negar, en nombre de la ciencia, la responsabilidad de las condiciones generales de vida en las desviaciones de la normalidad, en este caso especialmente en el dominio biológico. No es que, en esta nueva perspectiva, dejen de medicalizarse ciertas conductas, sino que, de nuevo en la línea de Foucault, incluso problemas preponderantemente médicos se asocian a las pautas de conducta de los individuos, completándose así el proyecto normalizador de la cultura a la que el estudio se refiere. Como cabía esperar este tercer apartado presenta una peculiaridad respecto de los dos precedentes, cual es su deslizamiento hacia el presente. Si en los campos de la psiquiatría y la educación era factible poner a prueba la hipótesis central de la investigación solamente con el recurso a la historia del siglo diecinueve y de la primera mitad del veinte, en este caso era ineludible llegar hasta el presente porque sólo en él, o en el más inmediato pasado, ha comenzado a cumplirse lo que Foucault comenzó a plantear en los años en que componía *Surveiller et punir*: el triunfo de la voluntad normalizadora mediante su interiorización por cada uno de los individuos que componen una sociedad; y este fantástico objetivo sólo podía ser alcanzado en nombre de la supervivencia amenazada y por la vía de la prevención, uno de los molinos de viento contra los que yo mismo, viejo nietzscheano, combato desde hace tiempo. La medicalización del espacio social a través de la higiene —de una higiene que, en algún momento, vuelve la espalda a los factores ambientales y en otros los reconsidera sin dejar de insistir en la responsabilidad individual en el cuidado de la salud— parece poder conseguir —¿o haber conseguido?— lo que sólo ensayaron la psiquiatría y la pedagogía liberales, por utilizar el mismo término que el autor de esta estimulante reflexión. Si los capítulos anteriores eran interesantes en tanto que históricos, éste lo es en tanto que —¿se me permitirá la humorada pseudomedicalizadora?— diagnóstico. Aquellos nos preparaban para comprender cómo hemos llegado a ser lo que somos; éste nos muestra en que podemos convertirnos, si es que no lo hemos hecho ya.

Pienso, en suma, que nos encontramos ante una reflexión oportunísima, sólidamente fundamentada y capaz de suscitar más reflexiones que certidumbres, algo que hay que exigir a un trabajo histórico y que, por otra parte, nos permite disipar cualquier sospecha de dogmatismo. La amplia bibliografía que el volumen incluye, que dista de ser meramente sustantiva, es a la vez una garantía y una incitación, pues al lector le apeste a menudo saber más acerca de cuanto Huertas le suministra concentrado y orientado a su objetivo. Creo, por tanto, que *Los laboratorios de la norma* puede ser leído con provecho tanto por profesionales como por personas que simplemente —¿simplemente?— deseen comprender cómo es la cultura de la que forman parte y posicionarse de manera crítica y creativa frente a la misma, lo que, a mi parecer, constituye la mejor alabanza que puede hacerse a un estudio histórico. Y aprovecho esta oportunidad para reiterar el mensaje que desde hace algunos

años transmito a mis compañeros y amigos investigadores para que, como Rafael Huertas en esta ocasión, reelaboren su exigente trabajo de muchos años en el marco de su especialidad para convertirlo en síntesis de semejante alcance.

Luis MONTIEL

SUÁREZ DE FIGUEROA, Cristóbal, *Plaza universal de todas ciencias y artes*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2006, 2 tomos, 1.070 pp., edición de M. Jalón. [ISBN: 9788497183987]

Este libro de Suárez de Figueroa había sido resaltado desde luego por Maravall, pero asimismo por López Piñero y otros historiadores de la ciencia, desde hace más de un cuarto de siglo. Con todo, sus referencias eran episódicas, y esa obra era en el fondo poco accesible hasta hoy, cuando aparece esta excelente edición. Así que nosotros mismos —para nuestro trabajo en vías de edición sobre el astrónomo Juan Vélez—, hemos podido leer intensamente, y con un acompañamiento erudito de gran calidad, varios capítulos singulares de esta obra primordial de la divulgación europea.

Es hoy bien conocido que Tomaso Garzoni publicó en 1585, *La piazza universale di tutte le professioni del mondo*, y que Suárez de Figueroa, raro escritor de cuya vida poco se ha llegado en el fondo a saber (como muestra bien el editor en su vasta y clara introducción), publicó en el Madrid de 1615 una *Plaza universal de todas ciencias y artes* que remodelaba la obra italiana, la retocaba y ponía al día, o la españolizaba por decirlo rápidamente (al menos por añadir nombres castellanos), de modo que logró que fuera leída de continuo durante décadas.

El propio M. Jalón ha publicado un artículo en esta revista hace poco de título elocuente, «Las profesiones científico-técnicas en la *Plaza universal* de Suárez de Figueroa» (*Asclepio*, LVIII, 1, 2006, pp. 197-218), que nos exime de hacer un balance técnico de su contenido, desde la perspectiva que interesa a esta revista. Pero conviene llamar la atención sobre una obra que cualquier lector, y sobre todo el historiador de la ciencia, debe tener a la mano para acercarse cabalmente a la cultura de finales del siglo XVI y principios del siguiente.

Figueroa ofrece un *teatro de oficios* bastante objetivo (pese al tono divulgativo que emplea) pues no tiene en realidad la intención de conmovernos sino que quiere que mantengamos nuestra posición de espectadores y que observemos desde fuera la sociedad, con un entendimiento completo y abierto, dentro de su juego, consistente en resumir las ciencias en un sistema de actividades humanas. Desde su perspectiva educadora, lo sórdido y lo excelso se unen en un moralismo algo triste, pero a veces dotado de gracia y siempre dotado de abundante información, mucho detalle técnico y un amplio léxico especializado, lo que convierte este magnífico libro en una atractiva herramienta de trabajo para especialistas de muy diversos campos.

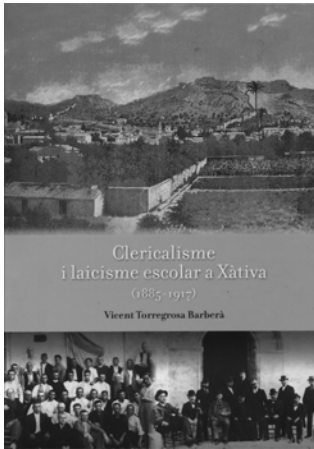
El andamiaje escénico que nos ofrece es dudoso, y por tanto la estructura de esa *Plaza* no termina de cuajar, pero no se queda en una suma de fragmentos inconexos, sino que responde a una especie de Babel inconclusa, enmarañada y atractiva. Utiliza Figueroa (como al parecer Garzoni) la palabra en su sentido más general, porque su emoción no es particular, sino curiosa e intelectual. Y sobre todo la obra es dubitativa como sucedía en otros trabajos paralelos de su tiempo, cuando la ciencia estaba por dar giros decisivos. Desde luego que la obra está anticuada, como lo está todo compendio de entonces que se dirigiese a un público relativamente culto; pero eso al historiador poco le ha de importar. Para comprender bien el nacimiento de la moderna ciencia, para entender qué era la cultura dominante por entonces, hay que repasar humildemente los centones de la época,

y hay que tener en cuenta que la *Plaza* es una obra que no tiene parangón en nuestra lengua, a este respecto: no hubo nada comparable con ella (sí en cambio y especialmente en Italia, aunque el Garzoni lograra más audiencia). Por algo se hará en el siglo XVIII, como dice el editor, una edición nueva de ella, lo más apropiadamente posible para las Luces incipientes; y por algo un Feijoo la citará críticamente varias veces.

Que es una obra maestra de la cultura europea lo saben bien hoy los italianos y los alemanes; los norteamericanos han empezado a apreciarla y, en menor medida acaso, los franceses (pero todo vendrá). Todavía falta que en nuestro país se difunda este trabajo como se debe, y no sólo en los centros de investigación, pues además es un libro atractivo y, a veces, luminoso, producto de unos años capitales de nuestras letras.

Félix GÓMEZ CRESPO

TORREGROSA BARBERÀ, Vicent, *Clericalisme i laïcisme escolar a Xàtiva (1885-1917)*, Xàtiva, Mateu Editors, 193 pp., 2005 [ISBN: 84-934635-1-5]



Con el afianzamiento de los supuestos de la llamada «historia total» los estudios locales (entendiendo este término como unidades de intereses sociopolíticos, económicos y culturales), fueron adquiriendo una progresiva atención por parte de los cultivadores de la historia. En definitiva, se trataba (como ya se venía haciendo en la ciencia moderna desde finales del siglo XVII, sobre todo en biología) de analizar en modelos las interrelaciones de elementos que intervienen en un proceso histórico y que partiendo de un escenario mas amplio, resulta muy difícil establecer con objetividad cual es la verdadera función de los diversos factores en el proceso. Desgraciadamente, en muchas ocasiones, los estudios locales derivaban en una curiosidad anecdótica o en una exaltación chovinista del indigenismo; por otra parte los grandes planteamientos eran el terreno abonado para justificar, juicios «a priori». Un maridaje entre los fundamentos de la «historia de las ideas» y la llamada «historia social», ha propiciado en la investigación histórica un tipo de modelo más allá del clásico «case study», cuyos resultados, en la investigación local, son más que interesantes.

El libro que reseñamos es un ejemplo de esa última tendencia. Realmente pocas ciudades disponen de estudios consistente y amplios de un tema crucial como el de la educación. En este caso, guarda relación con la significación histórica de la ciudad de Xàtiva en el País Valenciano, así como en la riqueza y buena organización de sus fondos documentales. Su autor, ha hecho importantes y valiosas aportaciones al conocimiento de nuestra historia educativa: como el de las ideas y los proyectos de la Ilustración, en este terreno; o los principios y políticas aplicadas en el proceso de constitución del sistema escolar público. El objetivo en este estudio está muy bien definido: analizar en un modelo, la ciudad de Xàtiva, la controversia política e ideológica entre confesionalidad y laicismo en la enseñanza; detectar los impulsos reales a una secularización modernizadora y las correspondientes resistencias del catolicismo a tal proceso; y confirmar las ideas y la prácticas pedagógicas destinadas a incidir en la vida social mediante proyectos y acciones educativas, que tuvieron como fin asentar el mensaje y los propósitos de las dos corrientes

ideológicas. Se trata de un tema de crucial importancia en nuestra historia reciente, incluso actual, ya que desgraciadamente parece no estar resuelto, ya que ante el intento de instaurar una política tolerante, siempre hubo la presencia de grupos sociales radicales que tuvieron una especial significación en la sociedad valenciana. Aquí, el catolicismo social, el republicanismo, el blasquismo, las corrientes racionalistas, el liberalismo reformista; dejan su palabra y su obra.

En el contexto de regeneración social y política de finales del siglo XIX y principios del XX, la educación pasó a ser considerada como un importante instrumento de cambio y de evolución positiva a partir de los planteamientos del movimiento de la *Escuela Nueva* que significó un nuevo ideal pedagógico: la escuela pasaba a ser vida y no preparación para esta; la cooperación se transformaba en un instrumento más importante que la competencia; y la capacidad de aprender, resolviendo problemas, más importante que la transmisión de saberes. En una sociedad que se encontraba en crisis por el impacto del proceso de industrialización y de nuevas mentalidades i formas de vida, la *Escuela Nueva* plantea soluciones desde un movimiento pedagógico plural, que tuvo una amplia difusión; también en España, donde se produjo una importante renovación pedagógica por medio de un amplio proceso de reflexión y experimentación. Pero si en las zonas más industrializadas como Cataluña, estas iniciativas reciben el decidido soporte de las clases medias y la burguesía, muy especialmente en el periodo de la Generalitat republicana; en el País Valenciano, la ausencia de unas clases medias con peso social comportó que la mayoría de las realizaciones de escuela activa surgieran de iniciativas personales o de la acción organizada del magisterio. Durante este periodo, el pensamiento liberal-democrático, que, de acuerdo con el modelo francés, planteaba la universalidad y el carácter laico de la institución, así como una importante presencia de las disciplinas científicas en el «currículum», se convirtió en uno de los impulsos fundamentales de la pedagogía activa. Por otra parte, no cabe menospreciar la influencia en la ideología de la burguesía progresista, del movimiento *Institucionalista* y sus fundamentos krausistas de una educación integral del hombre. Sin embargo, la peculiar estructura social valenciana, explica el hecho de que la *Institución Libre de Enseñanza* influyera básicamente en el mundo universitario e intelectual que centró su atención en las propuestas de autonomía universitaria, libertad de ciencia; la mejora, en general, de la enseñanza y la necesidad de resolver el «problema de España». Planteamientos que de hecho se alejaban de la política local y de propuestas pedagógicas para realizaciones concretas. Además, los institucionalistas, al defender un españolismo basado en un concepto metafísico de España muy distinto del de los grupos nacionalistas periféricos, se desentendieron por completo de los movimientos de la «Renaixença». Pero la presencia del institucionalismo se deja sentir en la introducción de ideas de renovación pedagógica en el campo del magisterio a través de profesores de la *Escuela de Magisterio* y de los pensionados por la *Junta para la Ampliación de Estudios*, como Rodolfo Llopis, o la creación de instituciones como Extensión Universitaria, Universidad Popular, etc.; y su influencia en el pensamiento sobre «instrucción pública» del PSOE entre 1906 a 1915.

El proyecto blasquista, una iniciativa republicana fundada por Vicente Blasco Ibañez, se define por algunos como un movimiento que luchó contra el caciquismo y a favor de la transformación social. Para otros, como Alfons Cucó, fue un partido de «notables», donde la oligarquía del grupo tuvo un peso desmesurado y donde los líderes consiguieron una influencia también desmesurada. Alrededor de lemas como: libertad, justicia, progreso, ciencia y educación; el blasquismo supo concitar el soporte de una base social bastante heterogénea formada por sectores obreristas, clases medias y pequeña burguesa valenciana. El anticlericalismo y el rechazo al dogmatismo religioso, la conciliación de las clases sociales, la fe en el progreso de la ciencia, el republicanismo federal y/o federalista, la reivindicación de los derechos fundamentales de las personas y el antidinastismo, fueron sus bases. Aunque la enseñanza pública no fue uno de los aspectos fundamentales de la acción política del blasquismo, más centrado en la educación y la cultura popular, que consideraba había estado manipulada por el monopolio ideológico del clericalismo en la enseñanza, se vió forzado a entrar en el debate sobre el modelo escolar a favor del laicismo y del acceso a la cultura

del pueblo que le daba soporte electoral. En un momento en que el republicanismo moderado español defendía la neutralidad del Estado en el ámbito escolar, siendo partidario de una escuela laica que respetara la conciencia individual y formara buenos ciudadanos; el republicanismo blasquista defendía una actitud radicalmente beligerante con el intento de «fundar una sólida escuela anti-religiosa, no solo anticatólica» (F. Azzati, «A ellos», *El Pueblo*, 27-1-1910).

A lo largo del periodo que estudia la monografía, la visión de la educación como motor de cambio social y de progreso, unió tácticamente a republicanos de todas las familias y anarquistas, con el soporte del librepensamiento. Los postulados de la escuela laica propugnado por todos ellos y los masones, conducirán a la búsqueda de un modelo de escuela alternativo al surgido de la Restauración y de la pésima valoración de las escuelas confesionales: **construir una escuela basada en una búsqueda activa del conocimiento sustentado en la razón y no en la fé.** Pero el anarquismo, poco partidario de la institución escolar y opuesto a una escuela pública estatal uniforme y obligatoria; partiendo de la consideración de la cultura y la educación como instrumentos de formación de ciudadanos libres y sin prejuicios, de contestación al orden establecido y de difusión de las ideas destinadas a construir un nuevo orden social; hicieron propuestas acordes a ideologías libertarias que se concretaron en dos principios: la libertad del alumno y la experiencia como método. En esta línea debemos inscribir la *Escuela Moderna* que Francesc Ferrer y Guardia puso en marcha en Barcelona con el objetivo de «extirpar del cerebro del hombre todo lo que le divide, reemplazándolo por la fraternidad y la solidaridad indispensable para la libertad y el bienestar general para todos» (Ferrer y Guardia, F. *La Escuela Moderna*, Madrid, Ed. Júcar, 1976). En sus aspectos básicos, la iniciativa de Ferrer sugería «la enseñanza pedagógica en las ciencias naturales» (Esplugues, J. «Las Ciencias Naturales en las Escuelas». *Humanidad Nueva*, nº.3, 31, III, 1907), suprimir el dogmatismo y someterlo todo a la razón, eliminar los premios y castigos, los exámenes y el control de la asistencia escolar y proponía que «debe dejarse al niño que en donde quiera que esté manifieste sinceramente sus deseos».

Se trataba de un proyecto pedagógico-político verdaderamente alternativo al clerical de la Restauración, abierto a los postulados de la *Escuela Nueva* y que tuvo una rápida difusión territorial, no solo en el Estado español sino en ciudades como Amsterdam, Sao Paulo, Lausanne, etc. En el País Valenciano este movimiento tuvo una especial implantación, sobre todo a partir de la fundación de la *Escuela Moderna* de València (1906). La creación de escuelas racionalistas en Alicante, Alcoi, Xàtiva, Elda, Buñol, la Vall d'Uxó, Alberic, Cullera, Catarroja, Carlet, Villena, Pedralba, Algimia d'Alfara; o las publicaciones de las revistas *Humanidad Nueva* (1907-1909), *Escuela Moderna* (1910-1911), y *Humanidad* (1912), como vehículos de comunicación del ideario pedagógico y social, son buena prueba de ello.

Si en toda España el republicanismo dio soporte a las escuelas racionalistas, en el territorio valenciano, a lo largo de las primeras décadas del siglo XX, se convirtieron en el proyecto común de sectores sociales progresistas. Esta singularidad de la escuela racionalista hizo que se desarrollara como superposición a otras experiencias del laicismo escolar promulgado desde finales del XIX por librepensadores, masones y republicanos. Dos redes escolares que funcionaron de forma independiente pero con muchos planteamientos comunes. Por ejemplo, *La Escuela Moderna* Valencia fue creada sobre las bases de las escuelas mantenidas por la *Primitiva Sociedad de Instrucción Laica*. El soporte económico del republicanismo blasquista, fue fundamental para garantizar la continuidad de dichas escuelas, no solo en Valencia sino también en muchas comarcas.

En abierta contradicción con sus principios programáticos que no consideraba la tarea educativa como una prioridad, el socialismo fue cambiando progresivamente de actitud y acabó postulando un modelo de escuela basada en el laicismo y el racionalismo, especialmente a partir de la ejecución de Francesc Ferrer y Guardia y la posterior campaña de enfrentamiento con el gobierno. Con la aprobación de las *Bases para un programa de instrucción pública* en el XI Congreso del PSOE (1918), de clara influencia institucionalista, el socialismo define su proyecto educativo y acaba con

la orientación de influencia libertaria. En el País Valenciano, con la progresiva implantación del socialismo en ciudades como València, Xàtiva, Alicante, Alcoi, Elche, Gandia, Cullera, etc., surgieron publicaciones que incidían en temas relativo a la formación del obrero. Pero el soporte socialista al proyecto racionalista, aunque muy limitado, se mantuvo en algunos casos como el de *Escuela Nueva de la Unión Obrera* del Puerto de València y la *Escuela Nueva* de Carlet.

Finalmente estuvieron (¿están?) las posiciones católicas. En los últimos años del siglo XIX y principios del XX, la formación de nuevas corrientes de pensamiento ajenos al católico, el avance del obrerismo, el tímido pero progresivo desarrollo del estado liberal y laico, significaron para la Iglesia católica española un nuevo marco. Ante esta situación de secularización de la sociedad, el catolicismo buscó entre sus alternativas ir más allá de las simples condenas y estructurar un modelo de respuesta en el campo de las relaciones laborales. Junto a mecanismos tradicionales como el púlpito y la catequesis, se hicieron presente nuevos instrumentos como el asociacionismo, la prensa, el sindicalismo, etc. Entre ellos, de forma destacada, la educación que pasó a ocupar un papel fundamental en la formación de diversos grupos sociales: obreros, jóvenes, mujeres, niños y niñas. En general, la Iglesia Católica española no fue muy creativa en este terreno y frente a las nuevas tendencias pedagógicas se limitó en mantener la escuela tradicional; si bien se puso en evidencia diversas tendencias: desde un planteamiento tradicionalista, que incluso cuestionaba la extensión de la educación a las clases populares («¿Qué necesidad hay de que todos los honrados labradores y menestrales sepan leer y escribir ó de que esto lo aprendan en la escuela?» (*La Escuela Católica*, n.º 16, 1905, p. 17); hasta un catolicismo social, partidario de la creación de una red de instituciones educativas católicas como respuesta al aumento de la influencia del Estado en la secularización de la enseñanza. Esta última postura será la defendida mayoritariamente por la jerarquía católica española. En ese sentido, desde el arzobispado valenciano se favoreció la integración de la Iglesia en las iniciativas laborales propiciadas por el jesuita Antonio Vicente, a través de los *Círculos de Obreros Católicos*, de acuerdo con el modelo de naciones europeas como Alemania, Bélgica o Francia. No obstante, en las primera décadas del siglo XX, las actitudes más conservadoras, avaladas por la jerarquía, protagonizaron grandes movilizaciones en contra del laicismo escolar y a favor de la escuela católica. En Valencia, la jerarquía experimentó su pérdida de poder social cuando se produjo la contestación de los republicanos al gobierno Maura (1904) por el nombramiento de Fray Bernardino Nozaleda y Villa, que había sido arzobispo de Manila, para ocupar la sede valenciana y que solo finalizó con su renuncia en 1905. Todo ello encrespo al catolicismo más tradicionalista en su reacción que, dada la peculiaridad socio-política, se orientaron en dos direcciones: por una parte contra el republicanismo blasquista por su implicación en la defensa de la escuela valenciana laica; por otra, contra el Estado liberal, por su propuesta de secularización en este campo. Como botón de muestra, *La Carta Pastoral sobre el «problema de la enseñanza»* (B.O.A.V., n.º 1602, 1 de febrero, 1910) del arzobispo de Valencia Victoriano Guisasaola: el laicismo en la enseñanza atacaba «las raíces del árbol social, las fuentes de la vida nacional, la inteligencia y la moralidad de los pueblos»; por el contrario a la educación religiosa, que debería tener un papel predominante en la enseñanza, ser el núcleo central, y la escuela «una continuación de la labor de catequesis de la Iglesia (*Reflexiones y consejos que el Arzobispo de Valencia dirige a los maestros de Instrucción primaria de su diócesis*, B.O.A.V., n.º.1673, 16 de enero, 1913).

En resumen: un análisis detallado y riguroso de un problema complejo y de largo alcance, tomando como base un modelo previamente establecido. La metodología es muy precisa: descripción minuciosa del modelo y de los elementos socioeconómicos y culturales que lo componen; analizar la interrelación de los factores y su comportamiento, distinguiendo aquello que le proporciona su peculiaridad.

Una vez más la investigación histórica es deudora del trabajo desarrollado por no pocos profesores de enseñanza secundaria, que instituciones más elevadas no deberían desaprovechar.

Emilio BALAGUER PERIGÜELL